

AQUÍ SOLO HAY CENIZAS

PABLO TORRES



Image not found.

Capítulo 1

AQUÍ SOLO HAY CENIZAS.

(Se puede leer en el arco de entrada de un patio del Cementerio de Granada)

El día es claro, y se respira un aire fresco y reponedor. Es bonito este Cementerio, colgado entre Granada y la Sierra. De vez en cuando, como un suspiro, al través, nos traspasa una ráfaga de aire frío que nos susurra en los huesos que viene de la nieve acumulada en el invierno. Una vaharada de aire helado y silencioso, callado como los muertos que duermen en los patios de este sitio.

He tardado en venir a verlo, Señor, porque no me sentía con fuerzas de enfrentarme a su tumba.

La verdad, esperaba otra cosa. He sufrido una grata decepción. Después de todo, aunque uno haya sido un tirano que ha organizado y manipulado la vida de todos los que le rodeaban, al final, uno no puede dirigir su propia muerte y menos controlar o dirigir el cuidado de sus despojos. Supongo que dejaría por escrito, en una hoja de excell por supuesto, como tanto le gustaba a usted disponer en vida, como debería ser su sepelio, su tumba y los cuidados de su sepultura.

Lástima. Supongo que sus hijos, que lo odiaban y temían, a partes iguales, una vez, cumplimentadas las formalidades de cara a las altas amistades, han resuelto hacer con sus huesos lo que les ha dado la gana. Vamos, enterrarlo en una tumba bastante normalita. Hasta cutre.

Como deben sufrir sus huesos, en esa tumba gris y pobre, acostumbrados a pasearse por la ciudad nazarí en los asientos de piel de su Rolls-Royce. Ni foto, que tanto me frenaba. He esperado tanto tiempo, para tener la suficiente fuerza para poder mirar su foto (que esperaba enmarcada en plata legítima, o rodeada de mármol blanco) sin la cólera y la ira que me acompañaban cuando le recordaba. Temía perder las formas y no poder contenerme. Machacar esa foto, su cara, que tanto daño hizo a tantos, y que terminó por quemarme el alma. Negrero, alcohólico, depravado y miserable. Manchaba con su aura de cieno a todo el que tenía cerca. Siempre vestido de blanco. Bastardo. Sepulcro blanqueado. No hay traje de lino blanco que tape los miles de gusanos que horadaban su alma negra y purulenta.

Todavía tengo pesadillas, con aquellas llamadas telefónicas, por la tarde, cuando el alcohol acartonaba su lengua y de manera pausada y balbuceante, se regodeaba en recordar las órdenes que ya había establecido a primera hora de la mañana. Simplemente para tener constancia de que había sido imposible terminarlas todas. Entonces en su melopea de rey gitano, nos recordaba, que usted se levantaba a las cinco de la mañana para trabajar todos los días, que esa era la única forma de ser un hombre de los pies a la cabeza. No los capullos anélidos que trabajábamos para usted, gusarapos sin ánimo ni futuro. Que gracias a su benevolencia, como las palomas de los parques, veníamos a comer las

migajas que usted, en su inconmesurable bondad, nos arrojaba al suelo, para que nos arrastráramos, como las larvas de hombres que éramos. Y todo eso borracho, un día y otro día, machacando, de manera consciente la dignidad de las personas que usted percibía débiles psicológicamente, o necesitadas económicamente. Siempre existe un tonto para un remedio.

Sabe lo que más me dolía, lo que a veces me saltaba las lágrimas, y me aferraba al teléfono mordiéndome los labios de rabia: que después de rebajarnos, de insultarnos, de pegarnos como a los perros, con la mierda en la boca, decía con su voz cadenciosa por el alcohol, que todo lo hacía porque usted era como nuestro padre, ese padre benévolo que perdona a sus hijos díscolos y vagos. Usted, que no fue ni siquiera buen padre para sus hijos, se atribuía la paternidad de todos aquellos que dependían de sus estipendios.

Maldito seas mil veces. Perro. He venido a decírtelo en persona. Maldita la hora en que te conocí, y emponzoñaste mi alma con las miasmas del fango del infierno.

Cuanto tiempo ha tenido que pasar para que recuperase mi dignidad castrada.

Pero hoy estoy aquí. Y tus huesos se pudren en una mediocre tumba de un patio de tercera de este campo santo. Y en la tranquilidad de la mañana y en la soledad de los conocidos. Con la confianza que da el haber compartido tantas horas, voy a mearme en tu tumba. Sin acritud.

A tu salud, cabrón.